

Homilía de Mons. Angel T. Hobayan¹

En primer lugar, quiero expresar mi más sincero agradecimiento por la invitación que se me ha hecho para celebrar la misa durante este coloquio.

Es verdaderamente con inmensa alegría y felicidad con lo que os saludo hoy a todos vosotros, queridos hermanos en el Señor Jesucristo. Vengo de Filipinas, un país conocido por su belleza y por la pobreza en la que vive la mayoría de sus 80 millones de habitantes. Pero, si Filipinas son tan conocidas en todo el mundo, es también por el tesoro inestimable de la fe católica que trajeron a nuestras costas y a nuestros antepasados los valientes misioneros europeos en los primeros años del siglo XV. Sin descanso, predicaron el Evangelio, e incluso llegaron a dar la vida para convertir a nuestro pueblo a la fe católica.

Nuestro pueblo ha conservado esta fe hasta hoy y, en su mayoría, los bautizados que se reconocen como católicos siguen practicándola, aunque no de forma plena ni íntegra. No obstante, el 83 % de los filipinos son católicos bautizados, lo que representa unas 67 230 000 personas. En mi humilde opinión, considero que esta realidad es un inmenso tesoro. Imagínense esto: un archipiélago rodeado de poblaciones que profesan con firmeza religiones diversas y variadas, como el sintoísmo, el budismo y, sobre todo, el islam, por no hablar de los millones de hombres y mujeres que, a nuestro alrededor, no profesan ninguna religión.

Acepté con alegría la invitación a celebrar la misa durante este 8.º coloquio del Centro Internacional de Estudios Litúrgicos; dicho esto, al principio me costó mucho comprender las razones por las que se organizan estos coloquios desde 1995. Me he esforzado seriamente por comprender mejor vuestros objetivos y vuestras actividades y, al hacerlo, me he dado cuenta de uno de los factores más importantes por los que nosotros, los católicos filipinos, hemos conservado la fe católica en nuestro país. Este factor es la presencia del sacerdote en cada comunidad —ya sea una parroquia, un movimiento eclesial interparroquial o incluso las comunidades eclesiales de base, estructuras que el Segundo Concilio Plenario de Filipinas adoptó en 1991, al considerarlas «nuestra forma de ser Iglesia en Filipinas». Cuando hablo de la presencia del sacerdote, me refiero a su presencia en la comunidad, más concretamente cuando celebra la misa. En la mayoría de nuestros pueblos, la comunidad espera con impaciencia, cada año, celebrar a su santo patrón. Y la celebración de la misa es el núcleo de cada una de estas fiestas. Además, para cualquier católico filipino, la misa es un elemento indispensable de cualquier acontecimiento de carácter social o

¹ Homilía pronunciada con motivo del congreso del Centro Internacional de Estudios Litúrgicos. 21-23 de noviembre de 2002.

familiar, como el bautismo, la boda, el aniversario de un fallecimiento y las ceremonias de acción de gracias, ya sean sencillas o solemnes.

Desde este punto de vista, creo que el objetivo del Centro Internacional de Estudios Litúrgicos —a saber, «dar a conocer y comprender mejor la concepción de la liturgia tradicional de la Iglesia católica romana [...] en total fidelidad a la Santa Sede»—es una iniciativa verdaderamente loable, en la medida en que busca captar el valor y la dignidad de este sacramento que, en cierta manera, ha sido víctima de la influencia negativa de ciertos movimientos que han oscurecido su auténtico significado en nuestra tradición católica.

Por ello, quiero recordar lo que la Sagrada Congregación para los Sacramentos y la Divina Liturgia precisó en su instrucción titulada *Inestimabile Donum*. En efecto, este documento presenta numerosos resultados positivos de las reformas litúrgicas introducidas a raíz del Concilio Vaticano II, tales como:

- a) una participación más activa y consciente, desde la fe, en los misterios litúrgicos;
- b) una mayor riqueza doctrinal y catequética gracias al uso de las lenguas vernáculas;
- c) una mayor variedad de textos bíblicos;
- d) una mejor comprensión de la vida litúrgica;
- e) esfuerzos positivos por salvar la brecha entre la vida y el culto, entre la piedad litúrgica y la piedad personal, así como entre la liturgia y la piedad popular.

Sin embargo, ese mismo documento enumera con tristeza una serie de abusos frecuentes y variados observados en diferentes partes del mundo, a saber:

- a) una confusión de funciones, sobre todo en lo que se refiere al ministerio de los sacerdotes y al papel de los laicos, como, por ejemplo, la recitación de la plegaria eucarística por parte de toda la asamblea, las homilías pronunciadas por laicos, la distribución de la comunión por parte de laicos mientras que los sacerdotes se abstienen de hacerlo;
- b) una pérdida cada vez mayor del sentido de lo sagrado, que se manifiesta concretamente en el abandono de las vestiduras litúrgicas, la celebración de la Eucaristía fuera de la iglesia sin necesidad real, la falta de reverencia y respeto hacia el Santísimo Sacramento, etc. ; y,
- c) desconocimiento del carácter eclesial de la liturgia, como lo atestiguan el uso de textos profanos, la proliferación de oraciones eucarísticas no aprobadas y la manipulación de textos litúrgicos con fines políticos y sociales.

Este programa, puesto en marcha por el Centro Internacional de Estudios Litúrgicos, que lleva ocho años desarrollando con diligencia, es una respuesta fructífera al llamamiento que el papa Juan Pablo II dirigió a los pastores y teólogos en la carta apostólica *Ecclesia Dei*:

Pero todos los pastores y los demás fieles deben también tener una nueva conciencia no solo de la legitimidad, sino también de la riqueza que representa para la Iglesia la diversidad de carismas y de tradiciones de espiritualidad y de apostolado. Esta diversidad constituye también la belleza de la unidad en la variedad: tal es la sinfonía que, bajo la acción del Espíritu Santo, la Iglesia terrenal eleva hacia el cielo.

Además, quisiera llamar la atención de los teólogos y demás expertos en ciencias eclesiológicas para que también ellos se sientan interpelados por las circunstancias actuales. En efecto, la amplitud y la profundidad de las enseñanzas del Concilio Vaticano II exigen un esfuerzo renovado de profundización que permita poner de relieve la continuidad del Concilio con la tradición, especialmente en puntos de doctrina que, quizá debido a su novedad, aún no han sido bien comprendidos en algunos sectores de la Iglesia.

Reafirmó estas ideas cuando declaró, con motivo del décimo aniversario de *Ecclesia Dei*, el 26 de octubre de 1998:

Deseo que todos los miembros de la Iglesia sigan siendo herederos de la fe recibida de los Apóstoles, celebrada con dignidad y fidelidad en los santos misterios, con fervor y belleza, para recibir cada vez más la gracia y vivir una relación íntima y profunda con la Divina Trinidad.

Me gustaría concluir esta breve reflexión con una nota personal: soy fruto tanto del antiguo movimiento litúrgico como del nuevo. Ordenado sacerdote en 1955, celebré la misa tradicional durante varios años. Estudiaba en Roma cuando se celebró el Concilio Vaticano II y, desde entonces, he celebrado con alegría y entusiasmo la Eucaristía según la reforma litúrgica. Hoy que se me brinda la oportunidad de celebrar la misa que celebraba cuando era un joven sacerdote, me alegra mucho ver que se mantiene esta hermosa tradición, ahora que me acerco a los últimos años de mi ministerio sacerdotal antes de dejar las funciones episcopales que he desempeñado durante 20 años. Rezo para que, como he mencionado al principio, la presencia del sacerdote que celebra — con amor y devoción— la Eucaristía en nuestras comunidades siga preservando y contribuyendo a difundir la fe en Cristo, con plena confianza y fidelidad a las enseñanzas de la Iglesia Católica Romana.